



Exposición de arte esquimal

En Madrid se ha celebrado recientemente una exposición de arte esquimal, de un gran interés. El pintor Houston, que ha estudiado muy profundamente la vida y las manifestaciones artísticas de este pueblo, hace los comentarios que aquí se publican.

Pregúntese a un esquimal de las regiones árticas del este del Canadá si sabe esculpir objetos de arte, *sinourak*, y es seguro que responderá: "¡Por supuesto!" En efecto, en un territorio donde la vida misma depende de la caza y donde una región cualquiera no encierra animales más que para la subsistencia de unas cuantas familias, la especialización no existe. Cada familia debe hacerlo todo por sí misma: confeccionar un par de botas, construir un *kayak*, fabricar un cuchillo, un arpón, cantar una canción y, naturalmente, modelar un objeto de arte atractivo. Muchos expertos opinan que este pueblo está produciendo un arte escultórico en piedra, hueso y marfil igual o superior al de cualquier otro pueblo aborígen de este continente.

Los esquimales llevan una existencia seminómada en tiendas de campaña e iglús, junto a las desoladas costas de la bahía de Hudson y de la isla de Baffin, teniendo que luchar contra un clima riguroso que no les permite producir alimentos, que, como se sabe, han sido siempre la base de toda civilización. Su población total no llega a 5.000 almas, que se hallan diseminadas en grupos aislados sobre una superficie de un millón y medio de kilómetros cuadrados, y su subsistencia procede enteramente de los animales marinos y terrestres de la región.

Es probable que los esquimales fueran los primeros seres humanos que aprendieron a confeccionar ropas en América. Sus parkas, pantalones

y botas hechos de piel de caribú aventajan en cuanto a comodidad y abrigo a todo lo que nosotros hayamos podido inventar. El ligero *kayak* tiene fama de ser la embarcación mejor planeada del mundo. La lámpara de aceite de foca, el arpón y la lanza para pesca son instrumentos únicos en su género y perfectamente adaptados a su respectiva función.

El esquimal posee una alegría y una tranquilidad de espíritu que son casi desconocidas en nuestra civilización. A pesar de su vida ardua halla tiempo para reír, bailar y cantar, para modelar las finas formas plásticas que tan perfectamente reflejan el progreso cultural que ha sabido alcanzar a pesar del medio salvaje que lo rodea. Esta predisposición al goce y al buen humor, que es tan característica de la naturaleza del esquimal, se refleja en sus esculturas.

La oleada civilizadora que se ha extendido por este continente en el curso de los últimos siglos ha hecho desaparecer muchas artes ritualísticas de las tribus indias, no quedando de ellas más que un comercio de objetos de recuerdo desprovistos de toda significación. Pero el aislamiento geográfico del esquimal le ha servido de protección y el vínculo existente en su arte entre el pasado y el presente continúa intacto. ¿De qué época datan las más antiguas esculturas de piedra y marfil descubiertas en el Ártico oriental? Sin duda tienen varios siglos de existencia, pero

sería difícil determinar la fecha precisa en que fueron producidas.

¿Cuál es el motivo que impulsa a este hombre? ¿Qué escondido resorte de su pensamiento le incita a buscar una expresión artística? Tal vez sea el vestigio tenaz de una civilización desaparecida procedente del continente asiático, de donde es casi seguro que procedieran sus antepasados. Quizá sea el amor por la destreza manual que ellos tienen en tan alta estima. La severidad del clima obliga al esquimal a pasar una buena parte de su vida en el interior de su vivienda. Por lo general, él mismo tiene que encontrar sus propias distracciones; no habiendo malgastado nunca su energía en la guerra y siendo industrioso por naturaleza, encuentra tiempo para recogerse y perfeccionar su arte.

Sus esculturas ponen de relieve algunos rasgos característicos. Probablemente el más notable es que la vida se refleja en su arte tal como aparece ante los ojos de un cazador. El sabe presentar con precisión el movimiento de las cosas vivas que lo rodean, con el agudo y experto sentido de aquél cuya existencia misma depende de la facultad de observación.

“Cuando se caza el caribú hay que pensar como lo hace el caribú”, dicen los esquimales. “Hay que tratar de comprender por sus movimientos lo que el animal pretende hacer.”

Cuando se acerca la época en que los animales migratorios llegan a su tierra, el esquimal comienza a sentir el placer de la caza. Se puede percibir el brío que le causa la búsqueda de la morsa, la caza de la foca sobre los peligrosos bancos flotantes de hielo, la llegada de las primeras bandadas de gansos, la subida del salmón por los ríos: la gordura y la agilidad del animal descritos con la minuciosidad de un escultor cuya mente está concentrada en obtener alimentos. El esquimal cree que, en virtud de algún sortilegio sutil, la suerte sonríe a quien sabe representar cuidadosamente a un animal que desea obtener.

Al tallar sus esculturas el esquimal emplea aún sus métodos primitivos. El mismo fabrica los cuchillos de que se sirve, adaptándolos a sus necesidades, utilizando un fragmento de metal desechado montado en un mango de hueso. Como buril para grabar dibujos y detalles de precisión se sirve de una aguja de acero. El taladro de arco lo hace funcionar colocando el pequeño eje rotativo en un receptáculo de hueso que sostiene con la boca, quedando así en condiciones de servir de una mano para dar al arco el movimiento de vaivén que hace girar el eje y de sostener

la pieza que modela con la otra mano. Cuando la pieza ha sido esculpida y labrada hasta adquirir la forma propuesta, el esquimal se sirve de una piedra áspera y a veces de arena para darle los últimos toques. A continuación se sumerge la pieza en aceite de foca por espacio de dos o más días para que se impregne y adquiera un tono más oscuro, después de lo cual se frota con piedra pulverizada hasta dejarla perfectamente suave y se le da lustre a mano.

Entre los artistas esquimales parece advertirse dos tendencias: unos producen sus esculturas con infinito cuidado, mostrando los detalles más minuciosos, mientras que otros proceden a grandes rasgos, esbozando apenas los detalles mientras concentran sus esfuerzos en la forma y el movimiento. Sin embargo, no existen controversias artísticas entre ellos, ya que la cortesía inherente de los esquimales exige que se alabe en alto grado las obras de un colega, por inferiores que sean comparadas a las propias, las que, a su vez, deben ser menospreciadas. Cuanto más finas son sus esculturas tanto más debe el escultor insistir en su falta de habilidad y el escaso valor de sus obras. Las esculturas no se dejan a la vista de todos en el iglú o en la tienda de campaña, sino que, como hacían los chinos antiguamente, los pequeños objetos de arte se tienen cuidadosamente envueltos y guardados esperando el momento oportuno en que, a petición de algún visitante, se sacan para ser contemplados. En parte por este motivo la parte de atrás e inferior de la pieza suele estar tan bien labrada como la delantera (por ejemplo, los detalles de las garras de un oso), ya que el invitado, al tener la pieza en sus manos, fijará su atención en todos los detalles de la escultura.

El *Canadian Handicrafts Guild* ha reunido varios miles de piezas escultóricas durante los cuatro últimos años y entre todas ellas hay pocas que ni siquiera se asemejen, ya que los esquimales atribuyen la mayor importancia a la originalidad. Yo he mostrado a los esquimales de Dorset obras de los escultores de Repulse Bay y, por más que las admiraran, tuvieron buen cuidado en no crear nada que se les pareciera, ni siquiera remotamente.

Inmediatamente antes de partir para una carcería de morsas visité el campamento de Kipekilik, en Povungnituk, junto a la costa oriental de la bahía de Hudson. Después de afirmar, según la costumbre, lo malo que era como escultor, me presentó la más perfecta morsa de piedra que yo haya visto. Se la elogió y le pregunté si



querría hacer otra para mí. Tras unos momentos de perplejidad, me dijo: “Ya ve usted que sé modelar la imagen de una morsa. ¿Para qué quiere otra?” El estaba convencido de que sabía esculpir una morsa y esto le bastaba. Yo le hice notar que nunca había visto un caribú creado por él. Después de pensar en ello se interesó hasta el punto de lanzarse a la búsqueda de un pedazo de piedra apropiado para la obra.

Los habitantes de la costa oriental de la bahía de Hudson tienen la suerte de que en esta región existan numerosos yacimientos de esteatita y anfíbolita, así como de serpentina blanda, que les sirven para hacer esculturas y para fabricar sus tradicionales lámparas de piedra. Los pobladores

de la isla de Baffin no son tan afortunados y con frecuencia tienen que recorrer grandes distancias para procurarse el *okusiksak* (literalmente, material para la fabricación de ollas). En cierta ocasión viajé con ellos en un pequeño balletero hasta un lugar denominado Akiaktolaalavik—“lugar donde los alimentos son abundantes”—, y allá, desde lo alto de un fiord, hallamos la piedra a cinco metros de profundidad bajo el agua. Con frecuencia ocurre que la piedra de mejor calidad se halla bajo el nivel máximo de las mareas, así es que tuvimos que esperar pacientemente la retirada de las aguas. El esquimal extrae la esteatita sirviéndose simplemente de una piedra grande y más dura como



mazo, con la que rompe a pedazos la roca principal. No siempre se obtienen las formas y dimensiones deseadas, pero una vez que ha recogido todo lo que buenamente puede transportar en su embarcación, se vuelve a su campamento.

Durante los largos inviernos los yacimientos quedan ocultos durante diez meses bajo toneladas de hielo. El esquimal quisiera tener más piedra que labrar y más carne de foca que comer. “¡Qué le vamos a hacer!—dice riendo *Iyonamut*—. No tiene más remedio. Ya volverá el verano.”

Quizá lo más sorprendente respecto al arte esquimal es que casi el 60 por 100 de los adultos de cualquiera de los grupos visitados hasta ahora se dedica activamente a crear piezas atractivas y de fácil venta. Sin embargo, la producción no cubre la demanda. La masa corpulenta de la morsa, la fuerza y la astucia del oso, las diversas formas reproducidas con honestidad y franqueza primitivas han encantado al público que frecuenta los museos y las galerías de arte.

La escultura se practica tanto en el hogar como en los campamentos, sin que el esquimal altere el curso normal de su vida. Así, pues, la práctica de este arte no destruye la cohesión de la familia ni atrae al artista hacia los establecimientos de los blancos donde podría procurarse em-

pleo. En este género de actividad que representa para él un primer paso hacia la creación de una industria da pruebas de talento y energía, contento con mejorar el nivel de su existencia y eliminar así la necesidad de recibir ayuda económica de parte del Gobierno.

El *Canadian Handicrafts Guild* comprende perfectamente los numerosos escollos con que es necesario tropezar al ocuparse de un arte primitivo. La demanda de una producción en masa ha destruido, en el pasado, muchas artes creativas. Nuestra organización no quiere aumentar el volumen de producción actual de estos artesanos, ni cambiar de ningún modo sus métodos. Su arte seguirá siendo vigoroso mientras encierre un significado real para ellos. Enseñarles a reproducir sin cesar, con fines comerciales, las esculturas de venta fácil, tal vez les procuraría un buen mercado, pero destruiría pronto su natural habilidad creativa.

En las galerías de arte y museos del Canadá, Estados Unidos, Gran Bretaña y Europa continental se han mostrado obras recientes de los esquimales. Tenemos grandes esperanzas de que en el futuro lleguen a ser bien conocidos los nombres de Oshwituk, Munami, Kipekilik, Akiaktashuk, Tudlik, Tungilik y otros escultores de calidad.